



UNIVERSITÄTS-
BIBLIOTHEK
PADERBORN

Universitätsbibliothek Paderborn

El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha

Cervantes Saavedra, Miguel de

Madrid, 1850

Capitulo XXVI. Donde se prosigue la graciosa aventura del titereo, con otras cosas en verdad harto buenas.

[urn:nbn:de:hbz:466:1-48459](https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:hbz:466:1-48459)



CAPITULO XXVI.

Donde se prosigue la graciosa aventura del titerero, con otras cosas en verdad harto buenas.



CALLARON todos Tirios y Troyanos (1) : quiero decir, pendientes estaban todos los que el retablo miraban de la boca del declarador de sus maravillas, cuando se oyeron sonar en el retablo cantidad de atabales y trompetas, dispararse mucha artilleria, cuyo rumor pasó en tiempo breve, y luego alzó la voz el muchacho, y dijo : esta verdadera historia que aquí á vuestras mercedes se representa, es

sacada al pie de la letra de las crónicas francesas, y de los romances españoles que andan en boca de las gentes y de los muchachos por esas calles. Trata de la libertad que dió el señor don Gaiferos á su esposa Melisendra, que estaba cautiva en España en poder de moros en la ciudad de Sansueña, que así se llamaba entonces la que hoy se llama Zaragoza : y vean vuestras mercedes allí como está jugando á las tablas don Gaiferos, segun aquello que se canta :

Jugando está á las tablas don Gaiferos,
Que ya de Melisendra está olvidado (2).

(1) Traducción é imitación burlesca del primer verso del libro II de la Encida :
Conticuerre omnes, intentique ora tenebant.

(2) Y prosigue:

Cuando el famoso Cárlos y Oliveros
A ver el juego juntos han entrado,
Con otros valerosos caballeros
De aquellos de los Doce, que á su lado
Jugaban y á su mesa los ponía,
Porque esto su valor lo merecía.

Esta composición de siete octavas, en que se cuenta la historia de Melisendra y de Gaiferos, se conserva inédita en la Biblioteca Nacional de Madrid.

Y aquel personaje que allí asoma con corona en la cabeza y cetro en las manos es el emperador Carlo Magno, padre putativo de la tal Melisendra, el cual, mohino de ver el ócio y descuido de su yerno, le sale á reñir: y adviertan con la vehemencia y ahinco que le riñe, que no parece sino que le quiere dar con el cetro media docena de coscorrones, y aun hay autores que dicen que se los dió, y muy bien dados; y despues de haberle dicho muchas cosas acerca del peligro que corria su honra en no procurar la libertad de su esposa, dicen que le dijo:

Harto os he dicho, miradlo (1)

Miren vuestas mercedes tambien como el emperador vuelve las espaldas, y deja despechado á don Gaiferos, el cual ya ven como arroja impaciente de la cólera lejos de sí el tablero y las tablas, y pide apriesa las armas, y á don Roldan su primo pide prestada su espada Durindana (2) y como don Roldan no se la quiere prestar, ofreciéndole su compañía en la difícil empresa en que se pone; pero el valeroso enojado no la quiere aceptar; antes dice que él solo es bastante para sacar á su esposa, si bien estuviese metida en el mas hondo centro de la tierra, y con esto se entra á armar para ponerse luego en camino.

Vuelvan vuestas mercedes los ojos á aquella torre que allí aparece, que se presupone que es una de las torres del alcázar de Zaragoza, que ahora llaman la Aljaferia, y aquella dama que en aquel balcon parece vestida á lo moro, es la sin par Melisendra, que desde allí muchas veces se ponía á mirar el camino de Francia, y puesta la imaginacion en Paris y en su esposo, se consolaba en su cautiverio. Miren tambien un nuevo caso que ahora sucede, quizá no visto jamas. ¿No ven aquel moro, que callandico y pasito á paso, puesto el dedo en la boca se llega por las espaldas de Melisendra? Pues miren como la da un beso en mitad de los labios, y la priesa que ella se da á escupir y limpiárselos con la blanca manga de su camisa, y como se lamenta, y se arranca de pesar sus hermosos cabellos, como si ellos tuvieran la culpa del maleficio. Miren tambien como aquel grave moro que está en aquellos corredores, es el rey Marsilio de Sansueña, el cual por haber visto la



(1) Este es un verso del romance, que al descuido de Gaiferos y represion de Carlo Magno compuso Miguel Sanchez, llamado el divino, uno de los mejores poetas cómicos del siglo XVII, en el cual se lee la copia siguiente:

Melisendra está en Sansueña
Vos en Paris descuidado:
Vos ausente: ella mujer:
Harto os he dicho, miraldo.

(Elocuencia española, Bartol. Jim. Paton, fol. 81). — P.

(2) De esta espada dice el arzobispo Turpin que era de una hechura hermosísima, de un filo incomparable, y de una fortaleza inflexible. Llámala *Duranda*, acaso por su dureza. Otros franceses la llamaron *Durandal*: los italianos *Durindana*, cuyo nombre adoptó nuestra lengua. El fabricante se llamó *Munificans*, segun se dice en la historia de Carlo Magno. — P.

insolencia del moro, puesto que era un pariente y gran privado suyo, le mandó luego prender, y que le den docientos azotes, llevándole por las calles acostumbradas de la ciudad con chilladores delante y envaramiento detras (1): y veis aquí donde salen á ejecutar la sentencia, aun bien apénas no habiendo sido puesta en ejecucion la culpa, porque entre moros no hay traslado á la parte, ni á prueba y estése, como entre nosotros (2).

Niño, niño, dijo con voz alta á esta sazón don Quijote, seguid vuestra historia linea recta, y no os metáis en las curvas ó transversales, que para sacar una verdad en limpio, menester son muchas pruebas y repruebas. Tambien dijo maese Pedro desde dentro: muchacho, no te metas en dibujos, sino haz lo que ese señor te manda, que será lo mas acertado: sigue tu canto llano, y no te metas en contrapuntos, que se suelen quebrar de sotiles.

Yo lo haré así, respondió el muchacho, y prosiguió diciendo:

Esta figura que aquí parece á caballo, cubierta con una capa gascona (3), es la misma de don Gaiferos (4), á quien su esposa esperaba (5), y ya vengada del atrevimiento del enamorado moro, con mejor y mas sosegado semblante se ha puesto á los miradores de la torre, y habla con su esposo creyendo que es algun pasajero, con quien pasó todas aquellas razones y coloquios de aquel romance, que dice:

Caballero, si á Francia ides,
Por Gaiferos preguntad.

Los cuales no digo yo ahora, porque de la prolijidad se suele engendrar el fastidio: basta ver como don Gaiferos se descubre, y que por los ademanes alegres que Melisendra hace se nos da á entender que ella le ha conocido, y mas ahora que vemos se descuelga del balcon para ponerse en las ancas del caballo de su buen esposo. ¡Mas ay sin ventura! que se le ha asido una punta del faldellin de uno de los hierros del balcon, y está pendiente en el aire sin poder llegar al suelo. Pero veis como el piadoso cielo socorre en las mayores necesidades, pues llega don Gaiferos, y sin mirar si se rasgará ó no el rico faldellin, ase de ella, y mal su grado la hace bajar al suelo, y luego de un brinco la pone sobre las ancas de su caballo á horcajadas como hombre, y la manda que se tenga fuertemente y le eche los brazos por las espaldas, de modo que los cruce en el pecho, porque no se caiga, á causa que no estaba la señora Melisendra acostumbrada á semejantes caballerias (6). Veis tambien como los relinchos del caballo dan señales que va contento con la valiente y hermosa carga que lleva en su señor y en su señora. Veis como vuelven las espaldas y salen de la ciudad, y alegres y regocijados toman de Paris la via. Vais en paz, oh par sin par de verdaderos

(1) Delante de los azotados iba el pregonero, que publicaba ó chillaba la sentencia, y detras algunos alguaciles con las varas en las manos.

(2) El mismo Cervantes refiere con mas estension este modo de procesar de los moros. «Despachó (dice en la novela del *Amante liberal*), las causas del Cadi sin dar traslado á la parte, sin autos, demanda, ni respuestas: que todas las causas, si no son las matrimoniales, se despachan en pió, y en un punto, mas á juicio de buen varón, que por ley alguna. Y entre aquellos bárbaros, si lo son en esto, el Cadi es el juez competente de todas las causas, que las abrevia en la uña, y las sentencias en un soplo, sin que haya apelacion de su sentencia para otro tribunal.»

(3) Llamábanse en tiempo de Cervantes *gasconas* unas capas ordinarias con capilla puntiaguda que llevaban los aguadores de Toledo, los cuales eran comunmente franceses (*Covarr. V. Gaban*).

(4)
Decidle que la su esposa
Se le envia á encomendar:
Decidle que si ya es tiempo
De me venir á sacar
Desta prision tan esquivá,
Do vivo con soledad. — l'.

(5) Todos los sucesos de don Gaiferos y libertad de Melisendra estan conformes con los romances caballescicos, publicados en el *Cancionero* de Amberes, y en la *Silva de romances*. — A.

(6) A este paso del retablo de maese Pedro, escribió Góngora un romance: en que al mismo tiempo satiriza las costumbres de las damas y caballeros franceses, contemporáneos de don Gaiferos.

amantes ; llegueis á salvamento á vuestra deseada patria sin que la fortuna ponga estorbo en vuestro felice viaje : los ojos de vuestros amigos y parientes os vean gozar en paz tranquila los dias (que los de Nestor sean) que os quedan de la vida.

Aquí alzó otra vez la voz maese Pedro, y dijo : llaneza, muchacho, no te encumbres, que toda afectacion es mala. No respondió nada el intérprete, antes prosiguió diciendo : no faltaron algunos ociosos ojos, que lo suelen ver todo, que no viesen la bajada y la subida de Melisendra, de quien dieron noticia al rey Marsilio, el cual mandó luego tocar al arma ; y miren con que priesa, que ya la ciudad se hunde con el son de las campanas, que en todas las torres de las mezquitas suenan.

Esc no, dijo á esta sazón don Quijote ; en esto de las campanas anda muy impropio maese Pedro, porque entre moros no se usan campanas, sino atabales, y un género de dulzainas (1) que parecen nuestras chirimias ; y esto de sonar campanas en Sansueña, sin duda que es un gran disparate. Lo cual oido por maese Pedro, cesó el tocar, y dijo : no mire vuesa merced en niñerías, señor don Quijote, ni quiera llevar las cosas tan por el cabo, que no se le halle. ¿No se representan por ahí casi de ordinario mil comedias llenas de mil impropiedades y disparates, y con todo eso corren felicisimamente su carrera, y se escuchan no solo con aplauso, sino con admiracion y todo? Prosigue, muchacho, y deja decir, que como yo llene mi talego, siquiera presente mas impropiedades que tiene átomos el sol (2). Así es la verdad, replicó don Quijote ; y el muchacho dijo :

Miren cuanta y cuan lucida caballeria sale de la ciudad en seguimiento de los dos católicos amantes, cuantas trompetas que suenan, cuantas dulzainas que tocan, y cuantos atabales y atabores que retumban : témome que los han de alcanzar, y los han de volver atados á la cola de su mismo caballo, que seria un horrendo espectáculo. Viendo y oyendo pues tanta morisma y tanto estruendo don Quijote, parecióle ser bien dar ayuda á los que huían, y levantándose en pie, en voz alta dijo : no consentiré yo que en mis dias y en mi presencia se le haga supercheria á tan famoso caballero y á tan atrevido enamorado como don Gaiferos : deteneos, mal nacida canalla, no le sigais ni persigais ; si no, conmigo sois en la batalla ; y diciendo y haciendo desenvainó la espada, y de un brinco se puso junto al retablo, y con acelerada y nunca vista furia comenzó á llover cuchilladas sobre la titerera morisma, derribando á unos, descazando á otros, estropeando á este, destrozando á aquel, y entre otros muchos tiró un altibajo tal, que si maese Pedro no se abaja, se encoge y agazapa, le cercenara la cabeza con mas facilidad que si fuera hecha de masa de mazapan. Daba voces maese Pedro diciendo : deténgase vuesa merced, señor don Quijote ; y advierta que estos que derriba, destroza y mata no son verdaderos moros, sino unas figurillas de pasta : mire ¡peccador de mí! que me destruye y echa á perder toda mi hacienda. Mas no por esto dejaba de menudear don Quijote cuchilladas, mandobles, tajos y reveses como llovidos. Finalmente, en menos de dos credos dió con todo el retablo en el suelo, hechas pedazos y desmenuzadas todas sus jarcias y figuras, el rey Marsilio mal herido, y el emperador Carlo Magno partida la corona y la cabeza en dos partes. Alborotóse el senado de los oyentes, huyóse el mono por los tejados de la venta : temió el primo, acobardóse el paje, y hasta el mismo Sancho Panza tuvo pavor grandísimo, porque, como él juró despues de pasada la borrasca, jamas habia visto á su señor con tan desatinada cólera.

Hecho pues el general destrozo del retablo, sosegóse un poco don Quijote, y dijo :

(1) La *dulzaina*, dice Covarrubias, era un instrumento músico á manera de trompetilla, de que usaron mucho los moros. La *chirimia* era un instrumento de boca, á modo de trompeta derecha, sin vuelta, de ciertas maderas fuertes. — Arr.

(2) Por ser general la censura que hace aquí Cervantes de las impropiedades de las comedias de su tiempo, pudiera quizá comprender tambien las de Lope de Vega, que siendo uno de los individuos de la Academia de Madrid, fundada á principios del siglo xvii, cuidaba mas de llenar el talego (segun daba á entender Cristóbal de Mesa) que de observar las reglas del arte. — P.

quisiera yo tener aquí delante en este punto todos aquellos que no creen ni quieren creer de cuanto provecho sean en el mundo los caballeros andantes: miren, si no me hallara yo aquí presente, qué fuera del buen don Gaiferos y de la hermosa Melisendra; buen seguro que esta fuera ya la hora que los hubieran alcanzado estos dos canes, y les hubieran hecho algun desaguizado. En resolución, viva la andante caballería sobre cuantas cosas hoy viven en la tierra. Viva en hora buena, dijo á esta sazón con voz enfermiza maese Pedro, y muera yo, pues soy tan desdichado que puedo decir con el rey don Rodrigo.

Ayer fui señor de España,
Y hoy no tengo ni una almena,
Que pueda decir que es mía (1).

No há media hora ni aun un mediano momento que me vi señor de reyes y de emperadores, llenas mis caballerizas y mis cofres y sacos de infinitos caballos y de innumerables galas, y agora me veo desolado y abatido, pobre y mendigo, y sobre todo sin mi mono, que á fe que primero que le vuelva á mi poder me han de sudar los



dientes, y todo por la furia mal considerada deste señor caballero, de quien se dice que ampara pupilos y endereza tuertos, y hace otras obras caritativas, y en mí solo ha venido á faltar su intención generosa, que sean benditos y alabados los cielos

(1) Estos versos son del romance de *Como perdió á España el rey don Rodrigo*, de donde Cervantes entresacó los que le parecieron mas propios.—P.

allá donde tienen mas levantados sus asientos. En fin el caballero de la Triste Figura habia de ser aquel que habia de desfigurar las mias.

Enternecióse Sancho Panza con las razones de maese Pedro, y díjole : no llores, maese Pedro, ni te lamente, que me quiebras el corazon, porque te hago saber que es mi señor don Quijote tan católico y escrupuloso cristiano, que si él cae en la cuenta de que te ha hecho algun agravio, te lo sabrá y te lo querrá pagar y satisfacer con muchas ventajas. Con que me pagase el señor don Quijote alguna parte de las hechuras que me ha deshecho, quedaria contento, y su merced aseguraria su conciencia, porque no se puede salvar quien tiene lo ajeno contra la voluntad de su dueño, y no lo restituye. Así es, dijo don Quijote; pero hasta ahora yo no sé que tenga nada vuestro, maese Pedro. ¿Como no, respondió maese Pedro : ¿y estas reliquias que estan por este duro y estéril suelo, quien las esparció y aniquiló, sino la fuerza invencible dese poderoso brazo? ¿y cuyos eran sus cuerpos, sino míos? ¿y con quien me sustentaba yo, sino con ellos? Ahora acabo de creer, dijo á este punto don Quijote, lo que otras muchas veces he creído, que estos encantadores que me persiguen no hacen sino ponerme las figuras como ellas son delante de los ojos, y luego me las mudan y truecan en las que ellos quieren. Real y verdaderamente os digo, señores que me ois, que á mí me pareció todo lo que aquí ha pasado, que pasaba al pie de la letra, que Melisendra era Melisendra, don Gaiferos don Gaiferos, Marsilio, Marsilio, y Carlo Magno, Carlo Magno : por eso se me alteró la cólera, y por cumplir con mi profesion de caballero andante quise dar ayuda y favor a los que huian, y con este buen propósito hice lo que habeis visto : si me ha salido al revés, no es culpa mia, sino de los malos que me persiguen; y con todo esto deste mi yerro, aunque no ha procedido de malicia, quiero yo mismo condenarme en costas : vea maese Pedro lo que quiere por las figuras deshechas, que yo me ofrezco á pagárselo luego en buena y corriente moneda castellana. Inclínose maese Pedro diciéndole : no esperaba yo menos de la inaudita cristiandad del valeroso don Quijote de la Mancha, verdadero socorredor y amparo de todos los necesitados y menesterosos vagamundos; y aquí el señor ventero y el gran Sancho serán medianeros y apreciadores entre vuesa merced y mí de lo que valen ó podian valer las ya deshechas figuras.

El ventero y Sancho dijeron que así lo harian, y luego maese Pedro alzó del suelo con la cabeza menos al rey Marsilio de Zaragoza, y dijo : ya se ve cuan imposible es volver á este rey á su sér primero, y así me parece, salvo mejor juicio, que se me dé por su muerte, fin y acabamiento cuatro reales y medio. Adelante, dijo don Quijote. Pues por esta abertura de arriba abajo, prosiguió maese Pedro, tomando en las manos al partido emperador Carlo Magno, no seria mucho que pidiese yo cinco reales y un cuartillo. No es poco, dijo Sancho. Ni mucho, replicó el ventero, médiase la partida, y señálensele cinco reales. Dénsese todos cinco y cuartillo, dijo don Quijote, que no está en un cuartillo mas ó menos la monta desta notable desgracia; y acabe presto maese Pedro, que se hace hora de cenar, y yo tengo ciertos barruntos de hambre. Por esta figura, dijo maese Pedro, que está sin narices y un ojo menos, que es de la hermosa Melisendra, quiero, y me pongo en lo justo, dos reales y doce maravedis. Aun ahí seria el diablo, dijo don Quijote, si ya no estuviese Melisendra con su esposo por lo menos en la raya de Francia; porque el caballo en que iban á mí me pareció que antes volaba que corria, y así no hay para que venderme á mí el gato por liebre, presentándome aquí á Melisendra desnarigada, estando la otra, si viene á mano, ahora holgándose en Francia con su esposo á pierna tendida: ayude Dios con lo suyo á cada uno, señor maese Pedro, y caminemos todos con pie llano, y con intencion sana, y prosiga. Maese Pedro, que vió que don Quijote izquierdeaba (1), y que volvía á su primer tema, no quiso que se le escapase, y así le

(1) Esto es, que aflojaba ó empezaba á ceder y desistir de su propósito de pagar á maese Pedro todas cuantas desmejoras le propusiese este de las figuras de su retablo. — Arr.

dijo : esta no debe de ser Melisendra, sino alguna de las doncellas que la servian, y así con sesenta maravedis que me den por ella, quedaré contento y bien pagado. Desta manera fue poniendo precio á otras muchas destrozadas figuras, que despues lo moderaron los dos jueces árbítritos con satisfaccion de las partes, que llegaron á cuarenta reales y tres cuartillos; y ademas desto, que luego lo desembolsó Sancho, pidió maese Pedro dos reales por el trabajo de tomar el mono. Dáselos, Sancho, dijo don Quijote, no para tomar el mono, sino la mona, y docientos diera yo ahora en albricias á quien me dijera con certidumbre que la señora doña Melisendra y el señor don Gaiferos estaban ya en Francia y entre los suyos. Ninguno nos lo podrá decir mejor que mi mono, dijo Maese Pedro, pero no habrá diablo que ahora le tome, aunque imagino que el cariño y la hambre le han de forzar á que me busque esta noche, y amanecerá Dios y verémosos.

En resolucion, la borrasca del retablo se acabó, y todos cenaron en paz y en buena compañía á costa de don Quijote, que era liberal en todo extremo. Antes que amaneciese se fué el que llevaba las lanzas y las alabardas; y ya despues de amanecido se vinieron á despedir de don Quijote el primo y el paje, el uno para volverse á su tierra, y el otro á proseguir su camino, para ayuda del cual le dió don Quijote una docena de reales. Maese Pedro no quiso volver á entrar en mas dimes ni diretes con don Quijote, á quien él conocia muy bien, y así madrugó antes que el sol, y cogiendo las reliquias de su retablo y á su mono, se fué tambien á buscar sus aventuras. El ventero, que no conocia á don Quijote, tan admirado le tenian sus locuras como su liberalidad. Finalmente Sancho le pagó muy bien por órden de su señor; y despidiéndose dél casi á las ocho del dia, dejaron la venta y se pusieron en camino, donde los dejaremos ir, que así conviene para dar lugar á contar otras cosas pertenecientes á la declaracion desta famosa historia.

